

VIVA EL REY!

À SU MAGESTAD D. ALFONSO XIII
REY DE ESPAÑA

RINDE OBSEQUIOSO VASALLAJE DE VENERACIÓN Y AMOR

EL VIGIA CATÓLICO
DE CIUDADELA

Y DEDICA AL JÓVEN MONARCA DE LA NACIÓN ESPAÑOLA

EL PRESENTE NÚMERO

CON MOTIVO DE SU ENTRADA SOLEMNE EN ESTA ANTIGUA CAPITAL

CIUDADELA DE MENORCA

CIUDAD SIEMPRE FIEL Á SUS AUGUSTOS SOBERANÓS

REGADA CON LA SANGRE DE SUS VALIENTES DEFENSORES EN 1558

DESIGNADA POR EL SUMO PONTÍFICE PIO VI Y EL REY DE ESPAÑA CARLOS IV

PARA SEDE EPISCOPAL DE LA DIÓCESIS MENORQUINA

AUGUSTO MONARCA: DIOS OS BENDIGA Y OS COLME DE FELICIDADES

CIUDADELA: 19 DE ABRIL DE 1904.

HONOR AL REY

ANTES y fuera del Cristianismo, no se conocía Poder sin cruel tiranía, ni había obediencia, sino odio con esclavitud y servilismo. Por la Religión se conocieron aquellas sentencias de Dios: *Por mi, en mi nombre, reinan los Reyes: Aprended los que juzgais la tierra.* Quedó reconocido el origen divino de la Soberanía, y el derecho asimismo divino de la dignidad de los pueblos. Hermoso equilibrio. Se manda y se obedece en nombre de Dios. Y cuando la potestad reside en un Príncipe amable por sus juveniles años, por la delicadeza de sus sentimientos, por la rectitud

de sus intenciones: con la obediencia y homenaje que se deben se mezcla un sentimiento de íntima satisfacción, que eleva al entusiasmo el grito de ¡Viva el Rey!

EL OBISPO.

CIUDADELA A SU REY

ALFONSO III Y ALFONSO XIII

LA entrada de Su Magestad D. Alfonso XIII en Ciudadela, recuerda aquella otra entrada que en Enero de 1286 hiciera en ésta, entonces capital de la Isla, aquel otro Alfonso, tercero de este nombre, entre los monarcas aragoneses, después de la conquista de Menorca.

¡Alfonso III y Alfonso XIII! he aquí dos Reyes Españoles, idénticos en la nomen-

clatura, correspondientes en la numeración é íntimamente relacionados por lo que á nosotros se refiere.

Esas calles que recorre hoy entre las aclamaciones de un pueblo siempre leal, el jóven Monarca, que ciñe la Corona de España, fueron paseadas en triunfal carrera por el Monarca aragonés Alfonso III, jóven tambien, muy jóven, como nuestro simpático Rey Alfonso XIII; y entonces, como ahora, acompañaron el paso del Soberano, los vítores de las muchedumbres y el sincero cariño de los vasallos. Entonces eran ovaciones de un pueblo recién libertado, que saludaba una nueva era de bienandanza; y ahora son aclamaciones de un pueblo fiel, que en la juventud de su Rey, divisa el signo de sus esperanzas.

Cuando el Rey aragonés llamó á las puertas de Ciudadela, se le abrieron éstas de par en par y mas que las puertas de sus viejas almenas, le franqueó esta ciudad al Libertador, las puertas de todos los corazones. Ciudadela rindió á Alfonso

todo cuanto de agradecido, de leal, de respetuoso, de noble, sabe atesorar un corazón bien nacido.

Mas, mucho más, se le rindió á Alfonso en las puertas de esta ciudad que en las cimas del fuerte de Agaiz. Allí cayó á los piés del vencedor el estandarte de la media luna, que simbolizaba la traición y la felonía; aquí cayeron á los piés del afortunado Monarca, los hijos de Ciudadela, tipos de la honradez y la hidalguía. En la cumbre de Santa Agueda, ondeó el pabellón aragonés, es cierto; pero, no tuvo mas salvos que el rugido de coraje de los despechados islamitas; mientras aquí, fueron abrazadas aquellas legendarias barras de Aragón con el mas férvido entusiasmo y después de seiscientos años todavía se descubren esos habitantes ante aquella enseña gloriosa y la cubren de besos, mientras murmuran los labios agradecidos el nombre del Libertador. He ahí, pues, lo que entonces ofreció Ciudadela á su Rey; lo que un pueblo libertado debe á su libertador; la gratitud, el entusiasmo, las bendiciones.

¡Ciudadela! Hoy llama á tus puertas otro Monarca, sucesor del que te dió la libertad; se llama también Alfonso, como el Conquistador de Menorca. ¡El Rey Alfonso! Yo sé que este nombre resuena á tus oídos muy dulcemente... ¿Que le vas á ofrecer tú, Ciudadela, al Rey Alfonso XIII?

Sin duda que el mejor presente que á su Soberano puede ofrecer un pueblo, es la fidelidad. Y Ciudadela, ha sido siempre fiel, siempre leal á su Rey, aún á costa de los mayores, sacrificios. Su historia no tiene borrarón, es limpia, inmaculada; y ostenta páginas gloriosas escritas con la sangre de sus hijos y orladas con el oro y las palmas de la admiración y aplausos de cuantos la conocen. En esas páginas podrá ver el Rey D. Alfonso XIII, si Ciudadela mereció ser conquistada por su antecesor Alfonso III, y si ha sabido corresponder, á lo que por ella hicieron un día el Monarca aragonés y su ejército.

Esto no significa, que Ciudadela únicamente pueda gloriarse en su pasado, de modo que tenga necesidad de despolvar sus legendarias tradiciones, para ofrecer á Alfonso XIII sus presentes. ¡No! que bien puede Ciudadela presentarle al Rey el desenvolvimiento de su industria, el desarrollo de su comercio, la considerable exportación de sus manufacturas; los grandes talleres de calzado, á cuya sombra viven todos los de Menorca; pruebas todas estas fehacientes de la vitalidad de este pueblo industrial, trabajador y rico, mas rico, proporcionalmente que otros de mayor categoria; bien puede ofrecer Ciudadela al Rey, las múltiples manifestaciones de esa vida próspera, ascendente y progresiva, con que va adelantando rápidamente con admiración de propios y extraños.

¡Oh! si las demostraciones de vitalidad, de progreso, de industria y riqueza comercial, que aquí encuentre el Monarca, inclinan su bondadoso corazón á sancionar el ensanche del puerto, entonces los nombres de Alfonso III y Alfonso XIII serán aquí inseparables. A los que nos honren con su visita, les señalaremos el lugar de las antiguas puertas, hacia el Este, y «Por ahí, les diremos, por ahí entró en Ciudadela D. Alfonso III el Conquistador. Dilatad vuestra vista; todo recuerda su nombre; aquellas lejanas colinas fueron teatro de sus hazañas; en aquella cúspide ajustó la rendición y por estas puertas entró triunfante, llevando en pos de sí, todos los encantos de la verdadera libertad.»

Después acompañaremos á nuestros visitantes á la espaciosa Plaza del Borne y les invitaremos á espaciar sus ojos por ese mar de juguetonas olas, que parecen juntarse con el límpido cielo, que suele adornar con atavíos de oro y púrpura, el sol poniente; y señalándoles, ¡ojalá se realice! señalándoles los gigantescos brazos del ensanche del puerto, les diremos: «aquellas escolleras que allí veis, aquellas moles de piedra, que rompen las olas del mediterráneo, aquellos brazos, que invitan al navegante á entrar en este puerto de refugio, se construyeron en el reinado de Alfonso XIII. Su nombre estará unido para siempre á esta grande obra. El Levante nos recuerda á Alfonso III y á los que le ayudaron en la reconquista; el Poniente nos recuerda á Alfonso XIII y á los que han trabajado en la realización de esta mejora, de efectos incalculables.»

Dios quiera que así suceda.

DR. JUAN TUDURI, Pbro.

¡OH JUVENTUD!

QUANTOS han visto de cerca á Don Alfonso XIII dicen que el secreto del entusiasmo con que le acogen las muchedumbres está en una simpatía peculiar de su persona, unida á la alteza de su rango. Pero el secreto de esa profunda simpatía, deduzco yo, está en su juventud, en esa adolescencia todo amor, sin rencores, sin odios, sin nubes, en esa historia limpia de toda mácula, en esa frente que resplandece al sol de la esperanza y que no ha rasgado todavía la garrá del desengaño. Es propio de la ancianidad el infundir veneración y respeto, es propio de la edad viril infundir la admiración, es propio de la juventud el infundir cariño.

Los que hemos gustado ya las hieles del desengaño y nos hallamos en la plenitud del vigor y de la vida, miramos á la ancianidad con cierto temor, como interrogando en la ajena cuales han de ser los dolores que nuestra propia vejez nos reserva, y miramos á la juventud sonriéndola, viendo en ella la imagen de lo que fuimos, recordando en ella nuestras ilusiones,

nuestras esperanzas, nuestros amores... Nuestros odios nó, que la juventud no sabe odiar, la juventud es amor.

Pero la juventud del Rey, que podría simbolizar la esperanza de la patria, es más simpática todavía, infunde más cariño, escita todavía más nuestro anhelo de que sea feliz y se cubra de flores su camino, pues en proporción de los halagos, de las riquezas, del poder, de las alabanzas, de la gloria humana que por todos y por todas partes se le rinden y le rodean, le acechan y rodean la envidia, la mentira, los desengaños, los peligros, los odios y los rencores....

¡Oh juventud, juventud hermosa, permanece para siempre en el corazón de Alfonso XIII, conviértele en flores las espinas, llena de luz y gloria los senderos de su vida! ¡Haga Dios que su reinado sea el reinado de la paz!

ANGEL RUIZ Y PABLO.

Á S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

CON MOTIVO DE SU VISITA
Á LA ANTIGUA CAPITAL DE MENORCA.

LEGAD, Monarca español!
Llegad, llegad, dáos prisa,
que ya la gente divisa
bañado en la luz del sol,
de vuestra nave el penól,
abreviad tan larga estela,
que el que aclamaros anhela,
y aclamaros sin medida,
hoy no tiene ya más vida
que el veros en Ciudadela.

Y el fragoroso estampido,
que escucha tierra lejana,
y el clamor de la campana,
son el eco bendecido
del gigantesco latido
de este pueblo que se esconde
en los mares, y hoy responde
con sólo el amor por ley
al cariño de su Rey....
Llegad, llegad!... Mas ¿adónde?

A Ciudadela! Aquí Dios
vuestros pasos encamina;
y El vuestra frente ilumina
para que conozcais vos,
de nuevas glorias en pos,
como en esta soledad
se levanta una ciudad,
que si no encierra riquezas,
la sobran, Señor, grandezas,
porque la sobra lealtad.

Y su esperanza y su bien
siempre así en ella cifró,
que si este suelo pisó
un jóven de ornada sién,
eual vos, Alfonso también,
tanto amor al contemplar,
aquí su palacio alzar
quiso el valiente Monarca,
que por siempre esta comarca
fué imposible abandonar.

Desde entonces el pendón
real flotó en estas almenas,
quebrando nuestras cadenas
la corona de Aragón;
por eso no hay corazón
de ningún ciudadelano
que ante el pabellón hispano

no palpito de contento,
pues que su vida al momento
diera por su Soberano.

¿Díerala, Señor?... La historia
de la heroica Ciudadela
en sus páginas revela
hazañas de tanta gloria;
al mentarlas la memoria,
arde la sangre en las venas:
el nombre del Rey apenas
hollado esta gente advierte,
corre segura á la muerte,
como el mar á sus arenas.

Y excelso trono, muriendo,
levanta á la Majestad,
con la suprema lealtad
del que fiel en la paz siendo,
fiel ante el suplicio horrendo
permanece á su Señor;
que aquí se prueba el amor,
cuando el que ama con delirio,
sella con con el cruel martirio
su firmeza y su valor.

Es por eso que hoy blasona
de española esta ciudad,
pues hízola su lealtad
perla de vuestra corona.
Feliz por eso hoy entona
cantos de amor: bien merece
pueblo que así se engrandece,
que el Monarca le visite;
dejad pues que honrado grite:
¡VIVA EL REY, ALFONSO TRECE!

DR. SEBASTIÁN JUAN SAMPOL DE PALÓS.

Abril de 1904.

RELIGION Y PATRIA

Es un misterio, que solo Dios conoce,
el dominio que ejerce sobre el co-
razón del hombre el amor á la
patria. Fundado este amor sobre aquel
principio de caridad universal, que une
misteriosamente, con lazos de suave de-
pendencia, al criador con la criatura y á
éstos entre sí; robustecido por la fascina-
ción irresistible de la multitud de objetos,
todos queridos, que el nombre de patria
aglomera en nuestra mente; forma en no-
sotros como una segunda naturaleza, tanto
más poderosa, cuanto que se afirma en el
doble principio de amar por precepto divi-
no y por el innato instinto de la conserva-
ción de cuanto nos es grato y forma el en-
canto de nuestra existencia.

Porque la Patria no es sólo el pedazo de
tierra que habitamos, ni aun el territorio
donde ondea la bandera de la nación á que
pertenece; es algo más sublime, sugges-
tivo y embriagador que todo esto; es el
hogar donde las suaves brisas merecieron
nuestras cunas; es el recuerdo del primer
beso, que nuestras piadosas madres impri-
mieron en nuestras inocentes frentes; es la
visión halagadora de nuestros juegos in-
fantiles, de las travesuras de nuestra ju-
ventud bulliciosa, de la esposa amada, del
hijo de nuestras entrañas, de la heredad
que cultivamos, de la casa que habitamos,
nido de nuestros amores; la iglesia, la es-
cuela, el sepulcro de nuestros mayores, to-
do esto es la patria.

Esta es la razón porque nuestra España,
tan amante de sus dioses como de sus ho-

gares, haya realizado hechos tan heroicos
y asombrosos, que han sido cantados en
todas las lenguas y escritos con letras de
oro en las páginas de la historia. Al grito
de Dios, patria y rey asombraron al mun-
do los ejércitos españoles en Granada,
Orán, Tunez, Lepanto, Las Navas, Cana-
rias, México, el Perú, Malta, Nápoles, Fi-
lipinas, San Quintín y Pavia; luego en Za-
ragoza, Madrid, Gerona y Bailén, y mas
recientemente, en el Serralló, Tetuan,
Wad-Rás y el Callao.

Dicha es para mí, y no pequeña, que en
este día, en que nuestra ciudad va á reci-
bir la honra de ser visitada por nuestro
joven y bien amado monarca, como lo fué
por su ilustre abuela y malogrado padre,
poder decirle con entera verdad:

Señor: os hallais en una Ciudad heroica,
madre de innumerables héroes, que ocu-
pan un lugar prominente entre los inmor-
tales que más gloria dieron á España. Este
Obelisco que tan gallardamente se ostenta
en medio de la plaza del Borne, es un mo-
numento levantado por los hijos de Ciuda-
dela á la memoria de sus antepasados, pa-
ra no olvidar nunca el valor y grandeza de
ánimo con que supieron defender el patrio
suelo, contra el feroz Ali Bajá en el año 1538.
Setecientos veinte paisanos, unidos á unos
cuarenta soldados al mando del bravo ca-
pitán D. Miguel Negrete, sostienen lucha
titánica contra quince mil combatientes
agarenos, protegidos por cuarenta piezas
de artillería, y los tienen á raya por espa-
cio de nueve días, y cuando, á causa de
las muchas brechas abiertas en las mura-
llas, los turcos intentan asaltar la ciudad,
por tres veces les hacen morder el polvo y
retroceder nuestros esforzados paisanos; y
no desmayan, ni se acobardan, ni se rinden,
á pesar de que en cada acometida
muere en buen número de ellos; luchan y
luchan con inusitada bravura y esfuerzo
de titanes, y sólo cuando el exceso de fati-
ga y la pérdida de sangre no deja á uno
sólo en pié, puede el turco apoderarse de
la ciudad invicta.

Este ejemplo de valor y patriotismo no
lo hemos olvidado los Ciudadelanos, y si la
suerte adversa nos pone otra vez en frente
de un enemigo extraño, que quiera apode-
rarse de esta isla siempre leal y española,
sabremos, emulando nuestros progenito-
res, pelear hasta sucumbir con gloria al
grito entusiasta de ¡Viva España! ¡Viva
nuestro Rey Alfonso XIII!

LIC. PEDRO CAVALLER, Pbro.

AUTORIDAD, ANARQUÍA

La causa del malestar general que se
observa en la sociedad contempo-
ránea consiste en el predominio
que la anarquía pretende sobre la autori-
dad: la paz y esplendor en los pueblos bri-
lla tanto cuanto la autoridad sofoca, neu-
traliza y anula á la anarquía; por ser la
autoridad y la anarquía dos conceptos an-
titéticos puede afirmarse que la fuerza de
la primera está en razón inversa de la po-
tencia de la segunda.

La autoridad procede de Dios de quien
viene todo poder y solo á Él la profunda
sabiduría de nuestros padres atribuía la
acción de dispensar los cetros, de cuyo
dogma todavía hace protestación nuestro

rey, S. M. D. Alfonso XIII, ostentando el
lema, tan cristiano como español, *Dei
gratia Rex.*

San Juan Crisóstomo dijo muy acertada-
mente que la soberanía, el dominio de los
unos y la sumisión de los otros son obra
de la sabiduría divina. Es por tanto impía
la anarquía con su afán de destruir todo
orden y por tanto el dominio de unos y la
sumisión de otros, y sus esfuerzos para que
desaparezca todo principio de autoridad,
todo freno religioso y toda ley justa contra-
rían lo que Dios en su sabiduría infinita
ha ordenado para que los hombres mas
facilmente marcharan hácia la prosecución
de sus varios fines en esta vida y del últi-
mo al acabarse para él el tiempo.

Debe por tanto el católico respetar y
apoyar, cuanto esté á su alcance, el prin-
cipio de autoridad y combatir las teorías
mas ó menos revolucionarias que predicán
la emancipación del hombre de toda sumi-
sión y obediencia y con mas calor y ener-
gia dirigir la puntería de sus esfuerzos
contra la esposición y propaganda de li-
bertades mal entendidas y mas aun contra
las sociedades secretas ya que ellas son
las que dirigen alevosamente el movimien-
to anarquista que deploramos y traman
los continuos atentados contra el principio
de autoridad, ora se halle este representa-
do por la dignidad real, ora lo esté por
ilustres estadistas que se distinguen prin-
cipalmente por la entereza de caracter, se-
gun lo comprueba el que recientemente se
ha dirigido contra nuestro preclaro balear,
Sr. Maura, que tanto ha indignado á Espa-
ña entera y del que tambien protesta esta
hidalga ciudad.

DR. ANTONIO ANGLADA, NOTARIO.

¡VIVA EL REY!

(SONETO)

Ciudadela: á tus viejos murallones
va á llamar el monarca castellano,
sé digna de tan digno soberano
y te harás aplaudir de otras regiones
Engalánense alegres tus balcones,
denso manto de flores cubra el llano,
y ensordezca el delirio sobrehumano
conque expresas tus vivas emociones.
España admirará tu patriotismo,
el respeto que guardas á la ley,
el monárquico amor que te enaltece.
É Iberia, que proclama tu heroísmo,
hará coro á tu voz de ¡Viva el rey!
¡Viva el joven monarca Alfonso XIII!

AURELIO MATILLA.

Teniente 1.º del Batallón Las Navas.

LAS TRADICIONES

No se sucedió nunca inutilmente el
pasado! En las alegrías, en las
tristezas, en los infortunios ó di-
chas del ayer, está el germen de las espe-
ranzas ó de las desilusiones del mañana.
El espíritu del hombre vive siempre de la
savia que le prestan los recuerdos del pa-
sado y estos recuerdos no solo son el cen-
tro hácia el cual torna su espíritu en los
momentos de más intensos é íntimas afec-
ciones, sino también el libro siempre inal-

terable, donde su voluntad, movida por el sentimiento é ilustrada por la inteligencia aprende á dirigir sus impulsos, encaminándolos hácia el logro del ideal, que con destellos más ó menos esplendorosos alumbra nuestros pasos en ese lento y trabajoso caminar de la vida.

La Historia del pasado; esa historia escrita con la sangre de las generaciones que nos han precedido, es el santuario donde los recuerdos del espíritu nacional se conservan, no solo para acariciar las mentes con los ensueños de la gloria, sino también para marcar á las actividades sociales la ruta que han de seguir en la obra del engrandecimiento pátrio. Ese génio que alienta sobre las ruinas de las ciudades que el tiempo derribó hundiéndolas en el polvo que huella indiferente la planta del viajero; ese génio que alienta entre las naves del templo gótico, animando los toscos esculpidos de la piedra; ese génio que vela siempre al lado de lo que es viejo y tradicional, es el génio que alienta y que impulsa el espíritu de las generaciones del presente y el que alentará á las del venidero en la lucha por el poder y por la gloria; es el que arrastrará las voluntades al heroísmo y el que ha de erguirse violento para sacar al pueblo de su marasmo.

No hay que negarlo; el génio del pasado, el génio de nuestra historia y de nuestra tradición es el génio de la patria, abdicar de él es abdicar de aquello que nos es propio, de aquello que encierra en sí los gérmenes vitales. Así lo han comprendido sin duda naciones que como Inglaterra y Alemania han procurado cimentar en el culto á sus tradiciones y sobre la base de su historia todo el suntuoso edificio de su grandeza actual, y así como estas naciones que como España es imprescindible que reclamen el puesto que les correspondió siempre en el concierto de las Naciones poderosas. Y si esto es indiscutible; si en ninguna nación como la nuestra puede afirmarse que la corona real, esa corona que ciñó los frentes de Jaime el Conquistador, de Fernando III el Santo y de los Reyes Católicos, encierra en sus recuerdos toda la historia de las libertades pátrias y de los heroísmos y glorias más hermosas; saludemos en la simpática figura de D. Alfonso XIII esa encarnación viva de nuestra tradición que es la fuente de todas nuestras esperanzas. Saludemos en él lo que vivió siempre ingénito en el alma nacional: la juventud, el donaire, el honor... y en esa vida, que no es ya una esperanza, sino una consoladora realidad, hagamos converger todos nuestros esfuerzos, obrando sin vacilaciones ni dudas, con el pié en el pasado y la vista en el futuro, al cumplimiento del más grande de todos nuestros deberes y de la más pura de todas nuestras misiones, á lo que asumamos en sí toda nuestra labor; al engrandecimiento de la Madre Pátria.

EDUARDO ESCARTÍN LARTIGA.
Teniente 1.º del Batallón Las Navas.

EN LA ENTRADA SOLEMNE DE S. M. ALFONSO XIII
EN CIUDADELA

A LA tu frente, ¡Ciudadela hermosa!
Patria grande y gloriosa
Por tu fe, por tu historia, y por tu honor!
Se en tus voces cantos de alegría

Que á tu suelo llegó ya en este día
El noble Rey, á quien debes tu amor...
Enarbola hoy gallardos pabellones
Sobre tus altas rocas, que á los sonos
De místicos cantares
Adormecen las ondas de los mares,
Que eres tú la primera y venturosa
En nuestra isla querida,
Do el magnánimo Rey su planta posa...
Ciñe ¡oh Patria! tus sienos con mil flores
Que esparzan sus olores.
Y al par que te engalanas
Canten tu fiesta alegres las campanas...
Ofrécele á tu Rey en este día
Bellezas... gloria... encantos... poesía...

Si... ¡ilustre Rey! Ciudadela
Luciendo sus bellas galas
De gloria en purpúreas alas
Levanta su noble voz,
Y su pecho palpitando,
En viva ¡llama encendida
Os ofrece enardecida
Lo mas grande, que es su amor.
Que aunque mi patria es pequeña
Cual conchita entre los mares,
Aunque sencillos sus lares,
Muy grande es su corazón;
Tan grande, que hasta la muerte
Os lo entrega... y es su gloria
Como un timbre de victoria
El dar su sangre por Vos:
Y cual sus bizarros hijos
Bravos héroes pelearon
Y hasta morir se inmolaron
Præ aris et focis, ayer,
Si hoy viéramos nuestra España
Ultrajada y abatida,
Diéramos prontos la vida
Por la Pátria y por el Rey.
JOSÉ TENDRÍ MOLI.

FIESTA TRADICIONAL ECUESTRE
EN CIUDADELA DE MENORCA

IGNORO si esta ciudad de Ciudadela puede ó no figurar al lado ó al nivel de otras poblaciones bonitas de España; pero lo cierto es, que á mi me parece muy agradable, y que cuando despues de alguna ausencia, corta ó larga, regreso á ella, mi corazón palpita de felicidad al divisarla desde lejos, por mar ó tierra. De modo que para mí no hay nada comparable á ese hermoso y reducido círculo de casas, plazas y calles, blancas como la nieve, que cual nido de cisnes, se hallan esparcidas al rededor de esbeltas torres campanarios, que se yerguen sobre las airosas cúpulas de nuestras iglesias; ni nada más armonioso que el no interrumpido murmurio de las aguas del mar que incesantemente besan nuestras costas marítimas; ni nada más encantador que la magnífica perspectiva del poniente sol tras las altas montañas de la vecina isla de Mallorca, que á la caída de la tarde se disfruta desde las orillas del mar; ni nada, en fin, más atractivo y simpático que cuanto aquí sucede y que lleva el sello de nuestras legendarias tradiciones.

Hé ahí, porque al cumplir mi promesa de escribir algo para El Vigía, que con feliz acuerdo se intenta dedicar á Su Magestad el Rey D. Alfonso XIII, (q. D. g.), con motivo del gran acontecimiento de su visita á esa mi amada pátria, me ha ocurrido relatar ligeramente una fiesta peculiar á esta ciudad, por el carácter tradicional que la informa y por el sumo interés que ella despierta á sus hijos y extraños. Es propio de los que son visitados por distinguidos huéspedes darles á conocer las muchas ó pocas cosas que revisten alguna importancia real ó histórica de su país.

Hay un día principalmente, en el transcurso del año, que Ciudadela se transforma, rebosa jovialidad y en ese día, mirados á través del limpió cristal del amor pátrio, parecen más bello el horizonte, más verde la campiña, más cristalina el agua de las fuentes, más azul la bóveda celeste, más risueños los paisajes, más poético todo cuanto encierra esa bella *Jamma*. Porque ese día, representa el espíritu de nuestros antepasados, conservándose puro en una tierra bendecida y transmitiéndose por sucesivas generaciones á la posteridad; evoca el dulce recuerdo de nuestros padres, cuando al calor del hogar celebráramos en su amable compañía y con trasportes de infantil alegría nuestra fiesta popular; dilata el corazón sin que pueda sustraerse ninguno á su mágico influjo; forma, en fin, ese día, el encanto de la juventud, que rebosa alegría y discurre por plazas y calles, á manera de bulliciosas avalanchas.

Ese día hermoso y excepcional para Ciudadela, es el 24 de Junio, festividad de San Juan Bautista. Lo que constituye el *clou*, lo esencial y típico de esa fiesta es la lucida y numerosa cabalgata compuesta de robustos y briosos corceles sementales, bellamente enjanzados, conducidos por diestros ginetes que los montan vestidos á la antigua usanza y de etiqueta, ejercitándose la vigilia y día de la fiesta en admirables evoluciones ecuestres. Por tradición se sabe que esa fiesta fué introducida en esta ciudad á mediados del siglo XIV, y se cree que se remonta su origen á los tiempos de las justas y torneos introducidos ya entonces en muchas partes de Europa.

Lo más notable de la fiesta, es el espectáculo que se representa la tarde de ese día en el paseo de S. Juan. Allí se convierte en un verdadero palenque, rodeado de jardines con sus pabellones más ó menos artísticos y graciosos, cuyos miradores y antepechos se coronan de engalanada concurrencia, formando un panorama que tiene mucho de parecido, si bien es más pintoresco, á las plazas para corridas de toros. En ese circo, lucen sus fogosos brios los corceles picados por la espuela y el látigo, no menos que su destreza y maestría los jóvenes colonos, ora corriendo la sortija, ora emparejando abrazados los ginetes dándose ósculos en su concertada velocidad, ora tirando alcancías al mascarón que por defensiva abraza el contrincante hasta quebrantarlo el escudo. Es un espectáculo, que si bien tiene sus peligros y siempre infunde algun recelo en los espectadores por temor de que suceda alguna desgracia; en cambio, aquellas audaces evoluciones ecuestres, excitan sumo interés y admiración en el público que las presencia, quien, al ver las cabriolas y corcovos de los enfarecidos corceles, manteniéndose, no obstante, imperturbables y firmes en su montura los ginetes, prorumpen en frenéticos aplausos y vitores, elogiando la pericia y bazarria de aquellos domadores de fieras.

Hé ahí la nota característica de nuestra fiesta popular de S. Juan Bautista, interesantísima para todo ciudadelano y para quien siente verdadera afición á esa clase de espectáculos ecuestres.

Tal es, pues, la fiesta tradicional ecuestre, que conserva Ciudadela y que constituye uno de sus rasgos típicos.

DR. GABRIEL VILA, PRO.

Ciudadela, Abril de 1904.